

Toda la creación es expresión de la misericordia que el Padre tiene con nosotros y hoy también necesita de nuestra misericordia. Las criaturas de la Tierra son tan valiosas que no podemos degradarlas convirtiéndolas sólo en objeto de nuestra voracidad. Y sus recursos son tan imprescindibles para la vida que no podemos acapararlos sólo para unos cuantos. La sobriedad y simplicidad de vida son, en verdad, una forma de amor y de servicio a las criaturas y a nuestros hermanos/as más vulnerables.

4. La misericordia implica cultivar la no violencia y promover la reconciliación. *“El mundo contemporáneo con sus heridas, que sangran en tantos hermanos nuestros, nos convoca a afrontar todas las polarizaciones que pretenden dividirlo en dos bandos”* (Discurso del Papa Francisco ante el Congreso de EEUU). Lo estamos viendo cada día y viviendo con más intensidad en estos últimos meses. Parece que nuestras sociedades van cediendo cada vez más a la lógica del “o tú o yo”, de los “buenos” y los “malos”, de la imposibilidad de vivir juntos los diferentes y la aniquilación del adversario. El “otro” es un intruso o un enemigo. En medio de todo ello, vivir la misericordia implica también capacitarnos para con-vivir con los diferentes, superando prejuicios y generalizaciones. Supone tratar de tender puentes por el acercamiento, el encuentro y el difícil diálogo con quien es diferente y empeñarse en rehacer “el vínculo humano”, tan deteriorado.

Con todo ello, podremos nosotras prolongar en nuestras vidas la dinámica misericordiosa de la Encarnación, que nos lleva a adentrarnos, acoger y “cargar con el peso de nuestro tiempo” (Hannah Arendt) y con el de nuestros hermanos y hermanas, entrañando sus heridas y fragilidades y tratando de sanarlas con nuestra compasión, al modo de Dios.

¹J. LAGUNA, “Hacerse cargo, cargar y **encargarse**. De la realidad. Hoja de ruta samaritana. Para otro mundo posible”. Cuadernos CyJ nº 172.

²J. SOBRINO, *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Santander, 1992, 26.

VIVIR EL AÑO DE LA MISERICORDIA DESDE EL COMPROMISO POR LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD

Enero 2016



Justicia y Solidaridad

Recientemente hemos comenzado el Jubileo de la Misericordia. El Papa Francisco ha convocado a la Iglesia en este año a “tener la mirada fija en el misterio de la misericordia”, que es la entraña misma de Dios, para dejar que empape nuestra vida, transforme nuestro corazón y nos mueva a ser nosotros también signo de su misericordia (MV 2-3). Dice José Laguna¹ que la misericordia es “abrazar visceralmente, con las propias entrañas, los sentimientos o la situación del otro”, un amor de absoluta donación, que se vuelca sobre el otro, que desciende a su lugar para abrazar su pobreza, cargarla sobre sí y socorrer su debilidad. Este es el amor con el que Dios nos ama y que ha manifestado de forma radical en Jesús de Nazaret, identificado en el logo de este Jubileo con el samaritano de la parábola (Lc 10,25-37).

A lo largo de este año, queremos aprovechar esta Hoja Mensual para reflexionar y poner de relieve cómo la profundización en este misterio de la misericordia a la que nos invita el Papa ilumina y alimenta nuestro compromiso con la justicia y la solidaridad mientras que éstas concretan a la primera en su dimensión estructural e histórica. Así lo señala el mismo Francisco en sus numerosas intervenciones y textos y así lo expresó con claridad en el documento programático de su pontificado, la *Evangelii Gaudium*, especialmente en estos textos que os invitamos a reflexionar:

“Nuestra respuesta de amor tampoco debería entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales dirigido a algunos individuos necesitados, lo cual podría constituir una `caridad a la carta’, una serie de acciones tendentes sólo a tranquilizar nuestra propia conciencia... Tanto el anuncio del Reino como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales...” (EG 180).

“...`la misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño’. La verdadera esperanza cristiana, que busca el Reino escatológico, siempre genera historia” (EG 181).

“Una auténtica fe- que nunca es cómoda e individualista- siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos el planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos.... la Iglesia `no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia” (EG 183).

Desde el Evangelio, y contemplando la misericordia del Padre, estamos llamados a vivir según lo que J. Sobrino denominó **el principio-misericordia**, que no consiste en realizar obras aisladas sino que se trata de que la misericordia sea “la estructura fundamental de la reacción ante las víctimas de este mundo. Esta estructura consiste en que el sufrimiento ajeno se interioriza en uno, y ese sufrimiento interiorizado mueve a una re-acción (acción, por lo tanto) y sin más motivos para ello que el mero hecho del herido en el camino”². Este principio nos lleva a reconocer que “hay que historizar la misericordia según sea el herido en el camino. En nuestro mundo sabemos muy bien que no sólo hay individuos heridos, sino pueblos enteros crucificados. Reaccionar con misericordia significa, entonces, desvivirse por «bajarlos de la cruz»... En palabras sistemáticas, significa trabajar por la justicia, pues ése es el nombre del amor hacia las mayorías injustamente oprimidas, y poner al servicio de la justicia todas las capacidades humanas, intelectuales, religiosas, científicas, tecnológicas”. Así:

1. La misericordia nos impulsa a luchar contra la globalización de la indiferencia, a resistir a la anestesia o a la sensación de impotencia que puede producir en nosotros la contemplación del sufrimiento masivo de la humanidad.

Francisco nos urge a tomar conciencia de nuestra responsabilidad sobre nuestros hermanos y hermanas y a hacer de la solidaridad un programa personal de vida y una cultura social (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2016). “Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privado de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo” (MV 15). A esto nos ha de llevar el seguir a Dios en ese descenso solidario a “los abajos” de nuestra historia que es la Encarnación.

2. La misericordia nos lleva a comprometernos en el trabajo por la justicia y la transformación social. La misericordia tiene también una vertiente estructural imprescindible que la Doctrina Social de la Iglesia llama “caridad política” y que el Papa recoge también en su encíclica *Laudato si’*: “El amor es también civil y político y se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo mejor. El amor a la sociedad y el compromiso por el bien común son una forma excelente de caridad, que no sólo afecta a las relaciones entre individuos, sino a las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas... Las acciones comunitarias que buscan recrear un nuevo tejido social, que cuidan el mundo y la vida de los más pobres, cuando expresan un amor que se entrega, pueden convertirse en intensas experiencias espirituales” (LS 231 y 232).

3. La misericordia nos compromete en el cuidado de la casa común, a vivir a solicitud por la vida en todas sus formas y al reconocimiento de esa red interdependiente que constituyen todas las criaturas: “Todo está relacionado y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra” (LS 92).